

- FORMENT, Eudaldo. *San Anselmo (1033/34-1109)*, Ediciones del Orto (Biblioteca Filosófica. Colección Filósofos y Textos), 1995
- PINTOR RAMOS, Antonio, *Zubiri (1898-1983)*. Ediciones del Orto, (Biblioteca Filosófica. Colección Filósofos y Textos), 1996.

En mi larga labor recensional pocas veces he cumplido con este deber de modo tan apetente. Por diversos motivos. No el menor, mi compañerismo hasta la amistad con quienes intervienen en esta simpática colección. Me congratulo, en primer término, con el organizador de la misma por facilitar a «estudiantes y personas cultas» el conocimiento de grandes pensadores. Y esto, de modo sencillo y eficaz. Sencillo, por presentar «con difícil facilidad» la estructura primaria de su pensamiento junto con los textos que lo avalan y la bibliografía selecta que posibilita su ulterior conocimiento. Esta sencillez abre la puerta a la eficacia.

Los dos autores estudiados aquí se distancian en casi diez siglos. Pero ambos hablan el pensamiento de hoy. E. Forment expone el sentido de la obra de san Anselmo, deteniéndose en el tema de Dios, tanto en la doctrina sobre los atributos de éste, repetida a lo largo de los siglos cristianos, como en la exposición del llamado por Kant «argumento ontológico», que viene discutiéndose hasta nuestros días. Completa la enseñanza de san Anselmo con su concepción de la «rectitud», aplicada a la verdad y a la libertad. Es poco comentada esta concepción, pero muy digna de serlo, siguiendo el ejemplo de Escoto.

Nos place que con cita de F. Canals cómo san Anselmo vincula el pensar y el ser. Contra esta vinculación han surgido muchas objeciones, propugnando una escisión del orden esencial y existencial, cuando tantas veces se reclaman. De la vinculación de ambos el mismo santo Tomás en más de una ocasión nos da preclaro ejemplo.

El estudio de A. Pintor Ramos puede venir a ser un vademécum iluminador, que ha de facilitar el acceso al hondo y complicado pensamiento del maestro Zubiri. El primer apartado encuadra a éste dentro de la situación mental del siglo XX. Los dos siguientes abordan la intelección de la realidad y la estructura de la misma. De modo sintético, pero al mismo tiempo de penetrante y fácil lectura. Complemento de ambos es el relativo a la realidad personal, tan estudiada en nuestros días.

Desde una serena crítica debo confesar mi creciente preocupación por el deslizamiento zubiriano desde una experiencia de Dios como fundamentación —roca, en el sentir bíblico, anota Zubiri— hacia una larga reflexión metafísica, no claramente basada en vivencia experiencial.

ENRIQUE RIVERA

B) OTROS LIBROS

- MALISSARD, Alain, *Los romanos y el agua. La cultura del agua en la Roma antigua*, Herder, Barcelona, 1996, 304 pp.

Entre los restos relacionados con el agua que dejó la civilización romana en España están los acueductos, las termas y las cloacas, que ahora admiramos como obras de ingeniería. Nos falta conocer, sin embargo, el uso diario que los romanos hacían de tales obras. Esto es lo que el profesor Alain Malissard ofrece en este bello libro, una reconstrucción de la vida de los romanos vista desde los usos y costumbres cotidianas relacionadas con el agua. Para los romanos el agua no tenía sólo un sentido de utilidad: lavarse, beber, cocinar, etc. De igual modo que ha sucedido en otras civilizaciones, el agua comenzó teniendo sentido sagrado, fue símbolo de la existencia de Roma, desde que Rómulo y Remo fueron salvados por las aguas del Tíber, porque fue el propio río Tíber el que se retiró sin arrastrar consigo la cuna que contenía a los dos niños. Por otra parte, la ciudad de Roma se desarrolló luchando contra las aguas pantanosas sobre las que había sido fundada. Desde el principio existe una relación casi milagrosa entre Roma y el agua.

A partir de este preámbulo, Malissard comienza la descripción de los distintos usos del agua en la ciudad de Roma. En la primera parte describe con claridad «El agua de los usuarios». Desde el siglo IV a. C.

empezaron la traída de las aguas a la ciudad para que la gente no dependiera de las lluvias o del río. Van surgiendo las cañerías, las fuentes públicas, las subidas del agua a las casas, los molinos de agua, las letrinas públicas, los baños y las termas. Estos lugares públicos eran lugares de encuentro», en la que se muestra cómo era una casa palaciega de Roma, con su compluvio e impluvio. El autor dedica especial atención a mostrar la obra de ingeniería que supuso la construcción de embalses, fuentes, sifones, túneles y acueductos. La tercera parte lleva por título «El agua del poder», y se centra en la Roma de las grandes construcciones públicas. Durante la República y el Imperio los romanos exigieron incesantemente mejorar las condiciones de vida; sus demandas eran atendidas mejorando la urbanización de la ciudad, embelleciéndola y atendiendo a la población de los barrios. Así, durante la República se construyeron cuatro acueductos, y durante el mandato de los emperadores Julio-Claudios se levantaron cinco más.

Pero, de poco hubieran servido estas gigantescas obras si no hubieran estado acompañadas de una administración eficaz en cuanto al mantenimiento y reparación de las mismas, y de una legislación apropiada que regulase el uso del agua, el paso de los canales por las fincas privadas, y las sanciones a los infractores. La historia de los acueductos es el reflejo de las grandes etapas de la historia romana. Roma creó, junto con los canales y baños, toda una trama administrativa y legislativa. Destinadas primero a mejorar las condiciones de vida de las personas, las traídas de agua fueron poco a poco convirtiéndose en emblema del Imperio y signo de la fuerza de los príncipes. Los amantes de la historia, en especial de la historia de la civilización romana, encontrarán en esta obra de Malissard la recomposición de una parte fundamental de la vida pública y privada de los romanos. No es una obra para eruditos, sino que está escrita para que todos la puedan leer. El autor ha tenido cuidado en incluir la terminología latina imprescindible para ayudar a comprender mejor el sentido de algunas palabras castellanas relacionadas con el agua y que tienen origen latino. Con una sencillez que maravillará a los profanos, el autor nos muestra a los romanos en su intimidad mientras usan los servicios públicos, al mismo tiempo que deja entrever la fuerza de voluntad de este pueblo.

J.A.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Socorro, *La omnipotencia del Absoluto en Leibniz*, Newbook, Pamplona, 1996, 324 pp.

El libro, precedido de una tabla de abreviaturas y de una introducción, consta de dos partes. La primera parte se refiere a los presupuestos leibnicianos en el tratamiento de la omnipotencia del Absoluto y la segunda parte se refiere a la naturaleza de la omnipotencia en el Absoluto leibniciano. Al final, la autora dedica varias páginas a las conclusiones.

En la Introducción, la autora señala cómo a lo largo de la historia del pensamiento, la cuestión de Dios siempre ha tenido una relevancia singular; y no podía ser de otra manera, pues de la concepción que se tenga del Absoluto depende la justificación última y radical de todo. Una filosofía podría caracterizarse dependiendo de la respuesta que se dé a este problema. Leibniz era consciente de ello; no en vano el tema de Dios ocupará en su pensamiento un lugar del todo central.

En el libro se estudia un atributo divino: el de la omnipotencia de Dios. Esta investigación se apoya, sobre todo, en un escrito de Leibniz titulado: la *Causa Dei*, primera parte de sus *Essais de Théodicée* y en el que trata de los atributos divinos. La autora aborda, en la primera parte, la concepción de Leibniz del Absoluto. Para ello, tiene en cuenta el punto de llegada de las distintas formulaciones que propone para demostrar la existencia de Dios: argumento cosmológico, de la armonía preestablecida, argumento por las verdades eternas, ontológico y modal. La conclusión a la que llega, es que el Absoluto leibniciano existe necesariamente por el peso de su misma posibilidad. Él es la totalidad de la posibilidad absolutamente tomada. En esta primera aproximación, la autora observa que el Dios leibniciano no es acto puro, sino que su existencia es fruto de su posibilidad; y esto es así debido a que la posibilidad en Leibniz tiene un carácter dinámico: además de ser lo no contradictorio, tiene una tendencia a la existencia, que realiza si no encuentra contradicción o límite alguno. Como en Dios no puede darse ningún tipo de contradicción, el Dios de Leibniz existe necesariamente.